

Dirigi mi pasos hacia el Albaycín; es un extenso y antiguo barrio situado sobre una elevada colina; sus calles, empedradas y tortuosas, son tan limpias y tan blancas que casi reverberan los rayos del sol; gigantesco balcón tallado por la Naturaleza para admirar los encantos de la que, en otros tiempos, fué delicia de reyes orientales.

Andaba sin rumbo determinado, parándome a contemplar aquello que más me cautivaba, cuando llegó a mis oídos el argentino son de una campana que volteaba alegremente, contagiándome, su júbilo e infiltrándolo en mi espíritu. Ilevome hacia el sitio de donde partía el toque.

En lo más alto del Albaycín, recortando su silueta en el azul purísimo del cielo, se levanta una iglesia de aspecto sencillo y agradable, dedicada a San Luis, rey de Francia. Penetre en ella, y antes de comenzar la función que anunciaba la campana, me dediqué a observar el interior del templo.

Llamó mi atención un antiguo cuadro pintado al óleo. En una de sus esquinas estaba escrita la explicación del hecho que representaba el lienzo: era la leyenda del Santísimo Cristo de la Luz, que decía así:

«Luego que se exterminó de esta ciudad de Granada el Imperio Sarraceno habiendo consagrado esta iglesia a San Luis, rey de Francia y sacando los cimientos para hacer la sacristía, en el centro de la tierra se oyó una voz que dijo: «cavad y encontrareis la Luz». Y, con efecto, en el silencio de la noche hallaron esta Santísima imagen con una lamparita encendida».

La piedad de los granadinos hizo construir una capilla en la cual se conserve el milagroso crucifijo, que largo tiempo estuvo bajo la tierra, iluminado por aquella lámpara que una mano fervorosa le encendiera, y que un poder sobrenatural conservaba en su amoroso resplandor.

Perennemente arde una luminaria de aceite delante del Señor de Cielos y Tierra que tantas gracias dispensa a sus criaturas...

Al regreso, desde el pretel de una plaza que semeja más bien un torreón, miré la ciudad, que aparecía descansando al pié de la esbelta Alhambra, brilladora al beso del sol como un palacio encantado sobre la eterna esmeralda de sus bosques...

Conchita García. Lopera.
Granada, 25 de Marzo 1930.

Virtuosa y bella Srta. granadina que, por lo estudiosa y aprovechada, hace honor a su papá (q. e. p. d.), Maestro de Maestros que fué, auxiliar y hasta consejero del gran Manjón (q. G. h.); y honor, también, a su hermano y compañero nuestro D. Melchor.

Conchita es Maestra Nacional, pues con puntuación elevadísima ha triunfado en las últimas debatidas oposiciones.

«Corazón» vive de buenas voluntades; del óbolo generoso que, en favor de los niños, quierán donar las almas buenas.

Cuanto mayores sean los ingresos, la tirada será mayor, y a más crecido número de lectorcitos alcanzará el beneficio.

Las personas, corporaciones, círculos de recreo, etc., que deseen subscribir y abonar cuotas trimestrales, pueden dirigirse a la Redacción, Pascual María Cuenca, 27.

En el semanario independiente «Almansas», de vida efímera y de lamentada, sentida, desaparición, en «Cante Jondo», vertía las gracias de su talento el coquero D. Luis Díaz, Oficial de Telegrafos en esta Ciudad, que fué su tana.

Hoy ofrenda el siguiente bello soneto —y en él las ternuras y cariños de su alma— al Maestro sabio y bueno, de quien tan gratos recuerdos conserva la Ciudad y todos sus discípulos.

¡Lleguen hasta Játiba —donde todavía ejerce— las merecidas ciabanzas!

A don Francisco
Jornet.

DEVOTAMENTE.

«¡Qué peregrino que, en un instante, me despierto, saliendo de la tumba, y me encuentro en un mundo de cultura, donde sé que por mí la fragancia!»
«¡Te perdono a la dulce y pura estrope de palabras que habita por el alma y me da el estrope»

de sapiencia, bondad y temperancia.

¿Cómo le he de olvidar si la vida abrió en mi pecho tan sangrante herida? ¿Qué nombre le daré que mas le cuadre, y a tu modestia no le cause agravio? ¡Si cuando pienso en tí te llamo: «padre», en público te llamo siempre: «sabio»!

Luís Díaz González.

¡Oh, la televisión!

(Cuento futurista)

Pues, señor...

Esto que os voy a contar ocurrió... es decir, sucederá quizá dentro de unos años... si el progreso camina tan apresurado como ahora y si los hombres continúan tan ternes en fiarse de las apariencias y en no meditar bien las resoluciones que toman, como en estos tiempos.

Lili no es una perrita, no, amiguitos. Es una señorita, guapísima ella, modernísima ella. ¡Que conste! Bueno, pues Lili se marchó a Australia. ¿Para qué? Para dar celos a su Pocholo. ¿Pocholo, Pocholo...? ¡Que no es tampoco perro ni gato, señor, que es el novio de Lili! ¡Lili y Pocholo! ¡Oh, qué parejita tan linda iban a hacer cuando se casaran! ¡Oh, qué encanto de «pareja de dos»; si viérais!

Se marchó a Oceanía, sí. Ocurrió un domingo el caso. Y fué que Pocholo, enardecido con un «chut» (¡viva el castellano castizo!) que Lili había dado al balón y que le había hecho perder tanto a él, exclamó, iracundo, en el paroxismo de la cortesía más «chie»: —«¡Sargentón!». Y Lili se enfadó. Y se largó a Australia sin decir nada a nadie, robándole previamente a su papá el monoplano más pequeño que tenía... y unos miles de pesetas-oro.

* * *

Pocholo, a las pocas horas, recibió un radio que decía:

—«¡Idiota! Marché lejos de tu lado. ¿Para siempre? Te lo merecías por bruto. Pero te perdono, bestia, con una condición. Te mandaré una foto mía por radio. Si averiguas de donde te llega, te autorizo para venir a buscarme y